

Importancia de las corrientes literarias en Latinoamérica

Por Luis Fernando Escalona

Para Miriam Suárez

El camino de la literatura es constante y evoluciona, persiste y se arraiga. Así ha sido el de nuestro continente, después de sangre derramada y luchas de liberación. El testigo principal de todo ese andar doloroso es el de las letras. Sin embargo, no ha sido una vereda lineal. Ha cambiado, ha bifurcado incluso su rumbo y se ha ramificado, como las raíces propias de la tierra de donde brotan frutos artísticos que hasta la fecha permanecen.

El sendero lo han labrado las diferentes corrientes literarias que surgiendo después de la guerra de independencia; no sólo en México, sino en todas las colonias que fueron liberándose del yugo europeo. Sin embargo, la literatura en nuestro continente no brotó por obra de magia o por voluntad de algún genio celestial. Al momento de romper sus cadenas, el mundo de la América, distinto al anglosajón, recibió del propio siglo XIX las corrientes del Romanticismo, del Realismo y del Naturalismo, como puntos de partida para los creadores artísticos que comenzaban a manifestarse y que buscaban nuevos horizontes para el mundo liberado que se gestaba a su alrededor.

Darse a luz no es fácil. Si en el plano individual es complicado, en lo social y cultural resulta más complejo, pues son muchas mentes las que convergen y chocan. Pero es en esos impactos donde brotan las nuevas ideas y las formas de pensamiento: se va destruyendo el viejo mundo para crear uno nuevo desde las ruinas.

Así pues, con los invasores fuera, el joven continente de habla hispana fue respondiendo a sus propios intereses y contextos, con los que se forja una brecha que generaría, hacia los últimos años del siglo XIX, un verdadero distanciamiento con los conquistadores; al menos en propuestas y objetivos; porque, ¿cómo podría hablarse de una identidad propia cuando toda la esencia ha sido heredada por algo que se ha expulsado ya, pero cuyas fisuras en la tierra han dado frutos con ese mismo legado?

Leopoldo Zea, en su ensayo "En torno a una filosofía americana", afirma que "el mal está en que queremos adaptar la circunstancia americana a una concepción del mundo que heredamos de Europa, y no adaptar esta concepción del mundo a la circunstancia americana"¹. El evento como tal es que no hay nada puro, simplemente ha sido una evolución, una esencia que se ha transformado y que, por más que intente desprenderse del árbol construido por el viejo mundo, no puede negar su esencia; porque las raíces de esa planta lo habitan, aunque las niegue.

Tal ha sido el sendero de las corrientes literarias en América Latina. Cuando unas quieren negar el pasado, otras lo rescatan. Y vienen las que niegan a las dos anteriores para que, detrás de ella, aparezca una que toma lo que considera esencial y útil de las anteriores. Y en esa búsqueda por lo puro se desgasta el pensamiento. La exploración por la identidad termina en luchas que desvían al hombre de su objetivo, cuando, al parecer, la identidad misma está en asumir las raíces del viejo mundo con lo que hoy nos habita.

Los noruegos, por ejemplo, se siguen viendo como noruegos. Los ingleses, como ingleses. Los chinos, como chinos. Pero los latinos, y en especial los mexicanos, traen una mezcla de dos razas, dos culturas que chocaron para crear un mestizaje, el cual hemos insistido en negar, ya sea en lo social, lo político, lo cultural o lo artístico. Lo puro, entonces, vendría a ser esa esencia de dos mundos, el padre europeo y la madre indígena, como Cortés y la Malinche, para hacer lo que somos el día de hoy.

Pero en ese devenir constante por negar lo pasado, fue que se comenzó a crear desde otra ladera, otro punto más allá del abismo que separaba a los nuevos creadores en su sentir con respecto al mundo que había sido expulsado tras las luchas de independencia y liberación.

No es, por supuesto, una lucha que nos haya llevado a perder el tiempo, al contrario; se insiste en que ahí está la evolución misma de la literatura y sus corrientes, que sigue avanzando y que, no sabemos de qué manera, continuará en esa metamorfosis perpetua.

Con este orden de ideas, podemos empezar el viaje a través de las corrientes literarias de América Latina, con el fin de culminar con una reflexión sobre lo que tenemos y lo que nos podría deparar el futuro.

Es entonces el Modernismo un primer movimiento literario sobre el cual nos detendremos a contemplar algunos de sus atributos. Esta corriente nació entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, con escritores que comenzaron esa búsqueda por la identidad y lo original en sus creaciones. Tenían un fuerte sentido de nacionalismo, cuyo ideal de lo moderno era afirmar el sentido de identificación con lo nuestro, es decir, con la realidad del continente. Se le considera, por tanto, como la primera contribución original de América Latina a la literatura universal.

Su mayor exponente fue Rubén Darío, uno de los poetas más leídos hasta nuestros tiempos. Se aprecian en sus obras algunos de los rasgos que identificaba a esta corriente, como la relevancia al color azul, que refería a la paz, la tranquilidad y la pureza, y al cisne como su símbolo principal. Hay que acotar, sin embargo, que este movimiento tuvo inspiración en dos corrientes europeas: el Parnasianismo y el Simbolismo, lo que viene a reiterar la idea de que, aunque se quiera alejar de lo europeo, hay ciertas raíces que no se pueden negar; se transforman sí, porque la literatura misma no es sólo rebeldía, sino *progreso*; más preciso aún, evocando palabras del escritor Mario Sánchez Carbajal: “La literatura es un acto de libertad”. Pero esa libertad, situando el enfoque sobre los modernistas, toma pues su punto de inicio en estas dos propuestas del viejo mundo.

Por un lado, el Parnasianismo aportó a este movimiento latinoamericano la preocupación por lo formal como manejo íntegro del lenguaje, así como la versificación clásica. Por el otro, el Modernismo toma de los simbolistas la conciencia de la muerte, la musicalidad en el ritmo y la rima, así como el uso de símbolos y figuras, como las onomatopeyas. Y no sólo eso: se rebela como su inspirador ante los estándares sociales donde habitaba la opresión y la injusticia; asimismo, acecha con su repudio hacia lo convencional y lo dogmático.

Es así como se gesta esta corriente, y en ese fluir de letras, a lo largo del continente, llega el Modernismo a México, encabezado por su máximo exponente, el escritor Manuel Gutiérrez Nájera. En ese entonces, las revistas fueron muy importantes para los creadores, pues a través de ellas, publicaban sus textos y poemas, reiterando con ello su arraigo al movimiento; además,

sirvieron de puente con la sociedad; así, se dio también el incremento de lectores. Un ejemplo de este tipo de publicaciones fue precisamente la revista *Azul*, iniciada por Nájera, cuyo primer número se publicó el 6 de mayo de 1894. Es notable su legado, aunque sólo estuvo en circulación por un periodo corto de tiempo, dejándose de editar el 11 de octubre de 1896, con el número 24.

De cualquier manera, sigue siendo difícil hablar de una cultura pura. Si al principio, las corrientes en Latinoamérica se vieron influenciadas por Europa, ahora el Modernismo era quien se adentraba en el viejo continente para fungir como inspirador. Gracias a Rubén Darío, este movimiento impactó, en 1892, a España, donde se compartía el sentimiento de rebeldía y renovación. Tenían, sin embargo, una gran diferencia entre ambos. Por un lado, en América había un entusiasmo bien arraigado ante el espíritu de independencia y nacionalismo. Por el otro, la sensación de pérdida en España era atroz, acentuada sobre todo por los acontecimientos de 1898, donde este país perdió las últimas de sus colonias americanas.

Pero, como ya se dijo, en la evolución literaria siempre hay rebelión y resistencia. De esta manera se presentaron, posteriormente, las corrientes que se manifestaron, protestando en contra del Modernismo, cuyos expositores rechazaron los elementos clásicos y la libertad creadora, que para ellos no existía o bien, la veían como un disfraz.

Esta rebelión dio origen a las *vanguardias literarias* y a los llamados “ismos” latinoamericanos, que fueron movimientos artísticos nacidos en los primeros años del siglo XX. Los caracterizó la búsqueda por innovar en lenguaje, forma y construcción de textos; sobre todo, crearon documentos que bien podrían considerarse pilares para la evolución de las letras en Latinoamérica y que se antojan exquisitos para incorporar como recursos literarios en la escritura creativa. Estos legajos dejaron plasmadas las ideas y posturas de cada movimiento, vanguardia o ismo, cuyos principios perduran, al menos algunos de ellos, hasta nuestros días. Estos textos recibieron el nombre de *Manifiestos*.

El antecedente inmediato fue el que redactó Filippo Tommaso Marinetti, en 1909, conocido como el Manifiesto Futurista. Las características generales de estos instrumentos de creación fueron, entre otras, que en ellos mismos

había ya una búsqueda por la novedad artística; se plasmaba un anhelo de independencia, de libertad cultural y una exaltación por lo nacional.

Para el análisis de cada movimiento, se establece su inicio con la lectura del manifiesto *Non serviam*, de Vicente Huidobro, que manifiesta una clara rebelión en contra de la Naturaleza, como única fuerza creadora y deja clara la posición del poeta, como creador de paisajes que sólo son suyos y no de aquélla. De la misma manera, se establece un punto de ruptura en las vanguardias con la Segunda Guerra Mundial, aunque no podría decirse que ese fue su desenlace, al contrario; se extiende su evolución hasta 1989, con la caída del Muro de Berlín, pues si bien hay unas vanguardias durante los primeros cuarenta años del siglo XX, que fueron piezas clave de inspiración para que lo que vendría después, hay también vanguardias nacidas en los años 60, que se mencionarán más adelante.

Por lo pronto, estamos hablando de los primeros ismos, que nacieron como rebelión ante el Modernismo. Estas vanguardias buscaban, entre otras cosas, apropiarse de lo autóctono, lo llamado *local*, contribuir a la creación de una cultura propia, ahora sí, alejada del viejo mundo, donde se desintegrara la estructura hermética del lenguaje y nacieran nuevas tierras en la imaginación, así como formas de renombrar a los objetos. Se da mucha fuerza a la presencia de las máquinas y el desarrollo tecnológico que después, con la guerra y las bombas atómicas, se consideraría un horror del cual habría que alejarse también.

Así pues, nacieron las primeras vanguardias, dentro de las cuales destacan el Ultraísmo en Argentina, el Creacionismo en Chile y el Estridentismo en México. Con ellas se desafía, se incita y se provoca. Se reta a eliminar la rima, los ritmos de puntuación y a que el verso libre tome el protagonismo y se genere con él una nueva musicalidad en los textos. Se yuxtaponen imágenes, brotan en el universo blanco de las hojas nuevos mundos ajenos a la realidad, donde la creación se expande y se desborda fuera de lo convencional. Hay un fuerte sentido del humor que raya en lo irónico y en la irreverencia.

El único movimiento que careció de manifiesto y por lo cual fue rechazado por creadores de otras corrientes fue el llamado Grupo

Contemporáneo, nacido en México a finales de los años 20. Su nombre se debe a una revista del mismo nombre y entre sus exponentes más importantes estaban Carlos Pellicer, Salvador Novo, Xavier Villaurrutia, Enrique González Rojo y José Gorostiza. Ellos, a comparación de otras corrientes, querían llevar de vuelta lo nacional a lo universal, dándole así un gran empuje a la creación poética. Para ellos, hacer vanguardia era salirse de la revolución y de lo histórico, con el fin de explorar otras áreas; ¡y hay más!: algunos llamaron a este grupo como la segunda revolución mexicana, una revolución de carácter intelectual.

Se percibe entonces, en Latinoamérica, una creación lejana a la guerra, individualista, cosa que no sucedía en Europa, donde los artistas hallaron un escape a las guerras; y aunque pertenecieran a movimientos diferentes, se mostraban unidos entre sí.

A pesar de que las vanguardias europeas vieron la luz en las últimas décadas del siglo XIX, tuvieron su auge en los inicios del XX y su declive paulatino en los años 30. Fueron más agresivos y se enfocaron en cuestionar todo a su alrededor: desde los valores hasta las máquinas y el terror de la tecnología, oponiéndose también a continuar con preceptos viejos de pensamiento y de creación.

En su proceso de dar a luz nuevas obras, se deformaron los objetos y se acudieron a símbolos en lo onírico y en lo gráfico. Se dio fuerza al monólogo interior, al tiempo no lineal y a diversas voces dentro de una narración. Así, las vanguardias europeas más destacadas fueron: el Expresionismo y el Existencialismo, surgidos en Alemania; el Cubismo y el Surrealismo, en Francia; el Futurismo, en Italia; y el Dadaísmo, en Suiza.

Todas ellas, tanto en el viejo mundo como en Latinoamérica, dispersaron semillas que dieron origen a nuevos senderos que abrieron y expandieron la creatividad entre los escritores. En nuestro continente, por ejemplo, surgieron ideas que buscaron analizar las situaciones por las cuales atravesaba la sociedad; con ello, se le dio realce al proceso de revoluciones y guerrillas, aunque cada autor tomaba un camino distinto en cuanto a su proceso creativo.

Es cierto que los escritores venían influenciados por las vanguardias, pero las diferentes perspectivas e incluso, el hecho de que los mismos artistas llegaran a una edad de pensamiento más maduro, generó choques de ideologías que, si bien, dieron a luz modos diferentes de crear, al final, cada quien tomó lo que mejor le sabía y lo utilizó en su beneficio, separándose así de los demás creadores, circunstancia que no dudamos en afirmar persiste hasta nuestros días.

La novela y el ensayo cobraron mucha fuerza. En la primera, por ejemplo, se realzan temáticas apasionadas, se le da relevancia a lo erótico, a personajes más complejos y a múltiples narradores, así como a flujos de conciencia sólidos y extensos, que daban la apariencia de inmovilizar el correr mismo de la historia.

Ejemplos de esto último se encuentran en los textos que se han catalogado como *antinovela*, un movimiento que tuvo sus principales representantes en Francia, pero que repercutió también en Latinoamérica. Vemos aquí otro vaivén de influencias. Así como se apreció al inicio que uno motivaba al otro, este fenómeno se sigue repitiendo, de tal manera que América Latina influye en Europa y Europa en América Latina, haciendo de esto un ir y venir que avanza en el aspecto creativo; que evoluciona y que genera dificultad para hablar de algo puro en uno u otro de los puntos.

Para los creadores de la antinovela, los objetos tienen mayor importancia que los personajes. El pasado en su mente y el fluir del pensamiento se viven en su presente y están por encima de ellos. A veces, el monólogo interior del personaje lo lleva a desviarse de la anécdota que cuenta y, en casos más complejos, incitan al lector para que participe y active su atención total. Aunque no es una forma popular de creación, vale la pena darle una pincelada, pues aunque sus obras son complejas, resultan en propuestas interesantes y fuera de lo convencional. Claros ejemplos de esto son las novelas *Muerte por agua*, de la cubana Julieta Campos y *La paloma, el sótano y la torre*, del mexicano Efrén Hernández. Se raya en lo poético, en lo onírico y en el mundo que se construye adentro del personaje y no fuera de él.

Con todo este camino recorrido durante el siglo XX, vamos terminando nuestro pequeño viaje. Nos hemos situado ya en la era postvanguardista,

donde resaltan, en América Latina, dos corrientes cuyas simientes continúan dando frutos en la actualidad, pues el esfuerzo de sus autores consolidó la idea de identidad que se venía buscando desde el siglo anterior, además de que muchos de sus exponentes fueron ganadores de premios importantes y sus obras han sido traducidas a muchos idiomas. Se trata del Boom Latinoamericano, surgido a principios de los años 60, y del Realismo Mágico; ésta última como parte de la explosión creativa de aquél.

Socialmente, el Boom se vio beneficiado porque los conflictos bélicos (la Segunda Guerra Mundial, la Guerra Civil Española, y las dictaduras y guerrillas del sur de América) fueron sucesos que se analizaron y expusieron continuamente en las obras literarias de la segunda mitad del siglo XX, las cuales, trataban de dar solución, de explicar y replantarse la realidad, a partir de estos acontecimientos.

Se crea y se arraiga una verdadera conciencia nacional, pues algunos de sus máximos creadores escribían desde el exilio, con lo cual, se exaltaba la necesidad y el anhelo de regresar a una patria perdida, a pertenecer y a vivir en libertad. El objetivo pues de esta corriente fue crear literatura para y por los latinoamericanos. Sus exponentes más importantes fueron Gabriel García Márquez, Miguel Ángel Asturias, Julio Cortázar, Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Octavio Paz, Pablo Neruda, entre otros. Todos ellos constituyen la influencia actual más importante en el aspecto creativo.

Por todo lo anterior, podemos concluir que la literatura en América Latina tiene una inspiración más consolidada en su propio suelo; y ante la pregunta de si existe una literatura totalmente latinoamericana, podemos afirmar que sí pero sin negar el vaivén inspiracional que se gestó más notoriamente en el siglo XX y que, por la globalización y el acercamiento tecnológico hacia otros países y a sus creadores, la influencia del exterior sigue vibrando hasta el día de hoy; tal vez no como algo notorio, pero tampoco como algo que deba ser erradicado del proceso creativo en los latinoamericanos.

Porque en ese vaivén, donde uno inspira al otro y viceversa, se enriquece lo creativo, lo literario y, por consecuencia, lo social y lo individual. Ahí, el proceso permanece y es infinito.

¹ *El ensayo mexicano moderno*, volumen 2. Página 344.